

El testimonio de Albino Luciani, Papa Juan Pablo I, es una esplendorosa luz de nuestro tiempo que ha de colocarse, no bajo el celemín, sino sobre el candelero, aunque con ello aparezcan también desconchados y grietas de la casa. La muerte de Juan Pablo I y su significado es algo que no debe olvidarse. A la hora de hacer examen del momento presente de la Iglesia. Todo lo que en su día se quiso enterrar con su cuerpo, está apareciendo de diversas formas ante la conciencia de la Iglesia y del mundo. Los padres sinodales deberían, valientemente, tenerlo en cuenta, porque está en juego la relación de la Iglesia consigo misma, con el mundo, y por supuesto, con Dios. Hoy día, si se quiere conocer la verdad, hay datos suficientes, que ningún juzgado del mundo despreciaría, que además son de dominio público y que revelan a Juan Pablo I como mártir de la purificación y renovación de la Iglesia.

AQUEL COMUNICADO OFICIAL

Ciertamente, entre el estupor y la sorpresa de su muerte, corrió el rumor de que Juan Pablo I no había muerto de forma natural. El rumor se avivó ante la negativa vaticana a hacer la autopsia. Pero faltaban datos concretos y, sin ellos, no se podía aceptar una afirmación tan grave. Para muchos cristianos y, especialmente, muchos eclesiásticos, todavía sigue siendo un bulo, del que ni siquiera quieren oír hablar. Sencillamente les parece increíble. Siguen dando por bueno aquel comunicado oficial, con el cual se despachó el asunto:

"Esta mañana, 29 de septiembre de 1978, hacia las cinco y media de la mañana, el secretario particular del Papa, padre Magee, ha entrado en la habitación del Papa Juan Pablo I. No habiéndole encontrado en la capilla, como de costumbre, le buscó en su habitación y le encontró muerto en la cama con la luz encendida, como si aún leyera. El médico que acudió inmediatamente constató su muerte, acaecida probablemente a las veintitrés horas del día anterior, repentinamente, a causa de un infarto agudo de miocardio" (1).

Y sin embargo, hoy pocas cosas quedan en pie de las afirmadas en dicho comunicado. Ludwig Hertling, en su Historia de la Iglesia, actualizada en 1981, da ya la fecha exacta de la muerte, sin estar muy seguro de su causa:

"Albino Luciani falleció el 29 de septiembre, al parecer de un ataque cardiaco". Y dice también: "La súbita muerte de Albino Luciani cogió desprevenida a la Iglesia, el nuevo cónclave, reunido apresuradamente, eligió Papa al polaco Karol Wojtyla, apenas conocido fuera de las esferas de la curia y de su propia patria. Era el 16 de octubre de 1978" (2).

Sólo unos días después del entierro y ante la perspectiva del nuevo cónclave, se llegó a afirmar "Quedan atrás los rumores, las pretendidas investigaciones y la exigida autopsia" (3). Unos años después, hay que decir que esto se afirmó demasiado pronto.



- La primera sonrisa que cautivó al mundo. ¿Qué había detrás?

DEL RUMOR A LA INVESTIGACION



- ¿Qué sabía el cardenal Villot?

Realmente, ha sido David A. Yallop, quien, tras casi tres años de seria y comprometida investigación, realizada a partir de quienes en conciencia no podían callar, aporta una versión alternativa al comunicado oficial en su famoso libro titulado *En nombre de Dios* (1984). Según Yallop, el cadáver es descubierto a las cinco menos cuarto por la hermana Vincenza, que avisa a los secretarios (padres Magee y Lorenzi) y a las otras hermanas. El padre Magee telefona a Villot, que residía dos plantas más abajo y que, alrededor de las cinco, ya estaba en el dormitorio del Papa y confirmaba por sí mismo su muerte. He aquí unos detalles importantes:

"Junto a la cama del Papa en la mesilla de noche, estaba el frasco con el medicamento que Luciani tomaba contra la tensión baja. Villot se lo embolsó en la sotana y arrancó de las manos yertas de Luciani los apuntes sobre los desplazamientos y las designaciones que el Papa le había comunicado la víspera. También los papeles se los guardó Villot. Del estudio del Pontífice desapareció su testamento. De su dormitorio desaparecieron sus gafas y sus zapatillas. Nada de todo esto se ha vuelto a encontrar. Luego Villot creó, para los aturdidos integrantes del servicio papal, una relación totalmente ficticia sobre las circunstancias en las cuales se había descubierto el cadáver de Luciani. Villot impuso un voto de silencio en cuanto al hallazgo de la hermana Vincenza e instruyó a todos para que las noticias sobre la muerte de Luciani fueran silenciadas hasta que él ordenara lo contrario. Entonces se sentó detrás de la mesa de trabajo del Papa y se dedicó a hacer una serie de llamadas telefónicas" (4).

Es probable que Villot haya actuado así por evitar el escándalo, pero, ciertamente, "sí la muerte de Luciani se produjo por causas naturales, entonces las subsecuentes acciones e instrucciones de Villot resultan inexplicables" (5). Junto a las ya citadas he aquí otras:

- El examen superficial del cadáver realizado por el doctor Buzzonetti, jefe de los servicios sanitarios del Vaticano, contrasta con el detallado informe médico publicado a la muerte de Pablo VI y, sobre todo, "fijar la hora de la muerte a las once de la noche y diagnosticar la causa de la muerte como infarto de miocardio, después de un examen superficial y breve del cadáver, es clínicamente imposible" (6).
- Llama la atención la prisa de Villot por embalsamar el cadáver, siendo así que Pablo VI no habla sido embalsamado hasta después de transcurridas 24 horas de su fallecimiento, de acuerdo con las leyes italianas. Con todo, los planes de Villot se vieron dificultados: "Los cardenales Felici, desde Padua, y Benelli, desde Florencia, que conocían con precisión la naturaleza de los cambios que Luciani se disponía a llevar a cabo, estaban particularmente alterados por lo ocurrido y así se lo hicieron saber por teléfono al cardenal Villot. Ya entonces se empezaba a murmurar en Italia que habría que hacer la autopsia. Era una opinión que, vistas las circunstancias, Benelli y Felici estaban inclinados, si no a sustentar, por lo menos a considerar" (7). Desde luego, si el cuerpo de Luciani era embalsamado, la autopsia no serviría de nada, en el caso de que la muerte hubiera sido producida por algún veneno. Cuando el padre Senigaglia, secretario de Luciani en Venecia durante más de seis años, reveló que Luciani había superado antes del cónclave un chequeo médico completo, cuyo resultado fue "positivo en todos los aspectos", las exigencias de que se efectuara la autopsia se acentuaron (8).
- También llama la atención que el Vaticano creara oficialmente la impresión de que el cuerpo de Juan Pablo I ya había sido embalsamado antes de ser expuesto al público en la sala Clementina, el 29 al mediodía. Sin embargo, el P. Lorenzi dice que fue embalsamado a las once de la noche (24 horas después de la dada como "hora oficial" de la muerte): "El cuerpo fue trasladado de los aposentos privados a la sala Clementina. El cuerpo no estaba embalsamado. Lo vestimos entre el padre Magee, monseñor Noé y yo. Después Magee y

yo nos quedamos junto al cuerpo sin vida hasta las once. A esa hora llegaron los hermanos Signoracci" (9), a embalsamarle.

· Asimismo sorprende la forma en que fue embalsamado: "por estrictas exigencias del Vaticano, no se extrajo la sangre del cadáver ni se le extirparon los órganos", sino que "le fueron inyectados varios productos químicos". Ciertamente, "una pequeña cantidad de sangre hubiera bastado para que un perito forense pudiera establecer la presencia de cualquier sustancia venenosa" (10).· Finalmente, la datación del momento de la muerte, tal y como aparece en el comunicado oficial, no coincide con la estimada por los hermanos Signoracci y confinada por monseñor Noé, que (con Magee y Lorenzi) vistió a Luciani:

"Al examinar el cadáver antes de que lo trasladaran a la sala Clementina, los hermanos Signoracci habían llegado a la conclusión, por la ausencia del rigor mortis y por la temperatura del cuerpo, que la muerte se habla producido, no a las once de la noche del 28 de septiembre, sino entre las cuatro y las cinco de la madrugada del día 29. Sus conclusiones se vieron confirmadas por monseñor Noé, que les dijo que el Papa había muerto poco antes de las cinco de la madrugada" (11).

Es Impreciso observar que todo lo que antecede no es algo que exista únicamente en la fantasía de su autor; se trata de algo que puede ser comprobado y confirmado por testigos, válidos ante cualquier tribunal, la mayoría de los cuales todavía viven.



- El arzobispo norteamericano *Paul Marcinkus*, entonces presidente del Instituto para Obras de Religión, acusado de implicaciones en el crack del Banco Ambrosiano.

[anterior](#)[siguiente](#)